

DON JOSÉ SELGAS

Dormido vaga el pensamiento humano,
 Todo á los ecos de tu voz responde,
 La mar, el monte, la espesura, el llano ;
 Acaso Dios entre tu sombra esconde,
 La impenetrable luz de algún arcano ;
 Tal vez cubierta de tu inmenso velo,
 Se confunde la tierra con el cielo.

DON VENTURA RUIZ AGUILERA

92.

Epístola

(A Don Damian Menendez Rayón y Don Francisco Giner

NO arrojará cobarde el limpio acero,
 mientras oiga el clarín de la pelea,
 soldado que su honor conserve entero ;
 ni del piloto el ánimo flaquea
 porque rayos alumbren su camino
 y el golfo inmenso alborotarse vea ;
 ¡ Siempre luchar !... del hombre es el destino ;
 y al que impávido lucha, con fé ardiente,
 le da la gloria su laurel divino.

Por sosiego suspira eternamente ;
 pero ¿ dónde se oculta, dónde mana,
 de esta sed inmortal la ansiada fuente ?

En el profundo valle, que se afana
 cuando del año la estación florida
 lo viste de verdura y luz temprana ;
 en las cumbres salvajes, donde anida
 el águila que pone junto al cielo

DON VENTURA RUIZ AGUILERA

su mansión de huracanes combatida,
 el límite no encuentra de su anhelo ;
 ni porque esclava suya haga la suerte,
 tras íntima inquietud y estéril duelo,
 Aquel sólo el varón dichoso y fuerte
 será, que viva en paz con su conciencia
 hasta el sueño apacible de la muerte.
 ¿ Qué sirve el esplendor, qué la opulencia,
 la oscuridad, ni holgada medianía,
 si á sufrir el delito nos sentencia
 Choza del campesino, humilde y fría,
 alcázar de los reyes, corpulento,
 cuya altitud al monte desafía,
 bien sé yo que, invisible como el viento,
 huésped que el alma hiela, se ha sentado
 de vuestro hogar al pie el remordimiento.

¿ Qué fué del corso altivo, no domado
 hasta asomar de España en las fronteras
 cual cometa del cielo desgajado ?

El poder que le dieron sus banderas
 con asombro y terror de las naciones
 ¿ colmó sus esperanzas lisonjeras ?

Cayó ; y entre los bárbaros peñones
 de su destierro, en las nocturnas horas
 le acosaron fatídicas visiones ;
 y diéronle tristeza las auroras,
 y en el manso murmullo de la brisa
 voces oyó gemir acusadoras.

Más conforme recibe y más sumisa
 la voluntad de Dios, el alma bella
 que abrojos siempre lacerada pisa.

Francisco, así pasar vivimos aquella
 que te arrulló en sus brazos maternales,

y hoy, vestida de luz, los ástros huella:
 que al tocar del sepulcro los umbrales,
 bañó su dulce faz con dulce rayo
 la alborada de goces inmortales.

Y así, Damian, en el risueño mayo
 de una vida sin mancha, como arbusto
 que el aquilón derriba en el Moncayo,
 pasó también tu hermano, y la del justo
 severa majestad brilló en su frente,
 de un alma religiosa templo agosto.

Huya de las ciudades el que intente
 esquivar la batalla de la vida
 y en el ocio perderla muellemente:
 que á la virtud el riesgo no intimida;
 cuando náufragos hay, los ojos cierra
 y se lanza á la mar embravecida.

Avaro miserable es el que encierra
 la fecunda semilla en el granero,
 cuando larga escasez llora la tierra.

Compadecer la desventura quiero
 del que, por no mirar la abierta llaga,
 de su limosna priva al pordiosero.

Ébrio, y alegre, y victorioso vaga
 el vicio por el mundo cortesano
 su canto de sirena; á quién no embriaga?

Los que dones reciben de su mano
 himnos alzan de júbilo, y de flores
 rinden tributo en el altar profano.

En tanto, de la fiesta á los rumores,
 criaturas sin fin, herido el seno,
 responden con él ¡ay! de sus dolores.

Mas el hombre de espíritu sereno
 y de conciencia inquebrantable (roca

donde se estrella, sin mancharla, el cieno)
 la horrible sien del ídolo destoca,
 y con acento de anatema inflama
 tal vez en noble ardor la turba loca.

Ginete de esperiencia y limpia fama,
 armado va de freno y dura espuela
 donde una voz en abandono clama;
 de heroica pasión en alas vuela,
 y en ella clava el acicate agudo
 por acudir al mal que le desvela.

Si un instante el error cegarle pudo,
 los engañosos ímpetus reprime,
 y es su propia razón freno y escudo.

Sin tregua combatir por el que gime;
 defender la justicia y verdad santa,
 llena la mente de ideal sublime;

caminar hacia el bien con firme planta,
 á la edad consolando que agoniza,
 apóstol de otra edad que se adelanta,

es empresa que al vulgo escandaliza;
 por loco siempre ó necio fué tenido
 quien lanzas en su pró rompe en la liza.

Si á tierna compasión alguien movido
 vió al generoso hidalgo de Cervántes,
 ¡cuántos, con risa, viéronle caído!

Acomete á quiméricos gigantes,
 de sus delirios prodigiosa hechura,
 y es de niños escarnio y de ignorantes.

Mas él, dándoles cuerpo, se figura
 limpiar de mónstruos la afligida tierra,
 y llanto arranca al bueno su locura.

Así debe sufrir, en cruda guerra,
 (sin vergonzoso pacto ni sosiego)

contra el mal, que á los débiles aterra,
 el que abrasado en el celeste fuego
 de inagotable caridad, no atiende
 sólo de su interés el torpe ruego.

Árbol de seco erial, las ramas tiende
 al que rendido llega de fatiga,
 y del sol, cariñoso, le defiende.

Él sabe que sus frutos no prodiga
 heredad que se deja sin cultivo;
 sabe que del sudor brota la espiga,
 como de agua sonoro randal vivo,
 si del trabajo el útil instrumento
 hiende la roca en que durmió cautivo.

¡Oh del bosque anhelado apartamiento,
 cuyos olmos son arpas melodiosas
 cuando sacude su follaje el viento!

¡Oh fresco valle, donde crecen rosas
 de perfumado cáliz, y azucenas,
 que liban las abejas codiciosas!

¡Oh soledades de armonías llenas!
 en vano me brindáis ocio y amores,
 mientras haya un esclavo entre cadenas.

Que aún pide con sacrilegos rumores
 ver libre á Barrabás la muchedumbre
 y alzados en la Cruz los redentores.

Que del sombrío Gólgota en la cumbre,
 regada con la sangre del Cordero,
 sublime en humildad y mansedumbre,

mártires ¡ay! aún suben al madero,
 que ha de ser, convertido en árbol santo,
 patria y hogar del universo entero.

Padecer es vivir; riego es el llanto,
 á quien la flor del alma, con su esencia,

debe perpetuo y virginal encanto.

Amigos, bendecid la Providencia
 si mandare á la vuestra ese rocío,
 y nieguen los malvados su clemencia.

¡Que alegre y que gentil llega el navío
 al puerto salvador, cuando aun le azota
 con fiera saña el huracán bravío!

Así el justo halla al fin de su derrota
 por el mar de la vida proceloso,
 del claro cielo en la extensión remota
 puerto seguro y eternal reposo.

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

93.

Estrofas

I

LA generosa musa de Quevedo
 desbordóse una vez como un torrente
 y exclamó llena de viril denuedo:
 «No he de callar, por más que con el dedo,
 ya tocando los labios, ya la frente,
 silencio avisés ó amenaces miedo.»

II

Y al estampar sobre la herida abierta
 el hierro de su cólera encendido,
 tembló la concusión que siempre alerta,
 incansable y voraz, labra su nido,
 como gusano ruin en carne muerta,
 en todo Estado exánime y podrido.

III

Arranque de dolor, de ese profundo dolor que se concentra en el misterio y huye amargado del rumor del mundo, fué su sangrienta sátira, cauterio que aplicó sollozando al patrio imperio, misero, gangrenado y moribundo.

IV

¡ Ah ! si hoy pudiera resonar la lira que con Quevedo descendió á la tumba, en medio de esta universal mentira, de este viento de escándalo que zumba, de este fétido hedor que se respira, de esta España moral que se derrumba ;

V

De la viva y creciente incertidumbre que en lucha estéril nuestra fuerza agota ; del huracán de sangre que alborota el mar de la revuelta muchedumbre ; de la insaciable y honda podredumbre que el rostro y la conciencia nos azota ;

VI

De este horror, de este ciego desvarío que cubre nuestras almas con un velo, como el sepulcro, impenetrable y frío ; de este insensato pensamiento impío que destituye á Dios, despuebla el cielo y precipita el mundo en el vacío ;

VII

Si en medio de esta borrascosa orgía que infunde repugnancia al par que aterra, esa lira estallara ; qué sería ? Grito de indignación, canto de guerra, que en las entrañas mismas de la tierra la muerta humanidad conmoviera.

VIII

Mas ; porque el gran satírico no aliente ha de haber quien contemple y autorice tanta degradación, indiferente ? « ; No ha de haber un espíritu valiente ? ; Siempre se ha de sentir lo que se dice ? ; Nunca se ha de decir lo que se siente ? »

IX

¡ Cuántos sueños de gloria evaporados como las leves gotas de rocío que apenas mojan los sedientos prados ! ; Cuánta ilusión perdida en el vacío, y cuántos corazones anegados en la amarga corriente del hastío !

X

No es la revolución raudal de plata que fertiliza la extendida vega ; es sorda inundación que se desata. No es viva luz que se difunde grata, sino confuso resplandor que ciega y tormentoso vértigo que mata.

XI

Al menos en el siglo desdichado
que aquel ilustre y vigoroso vate
con el rayo marcó de su censura,
podía el corazón atribulado
salir ileso del mortal combate
en alas de la fé radiante y pura.

XII

Y apartando la vista de aquel cielo
social, de aquellos fétidos despojos,
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,
fijar llorando los ardientes ojos
en ese cielo azul, limpio y sereno,
de santa paz y de esperanza lleno.

XIII

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y á Dios. Sorda córcoma
prepara el misterioso cataclismo,
y como en tiempo de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

XIV

Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto,
la gloria muda, desolada el alma,
en este pavoroso desconcierto
se eleva la Razón, como la palma
que crece triste y sola en el desierto.

318

XV

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria
mayor? ¿Dónde más rudo desconsuelo?
¿De que la sirve desgarrar el velo
que envuelve y cubre la vivaz materia,
y con profundo, inextinguible anhelo
sondar la tierra, escudriñar el cielo?

XVI

Entregarse á merced del torbellino
y en la duda incesante que la aqueja
el secreto inquirir de su destino,
si á cada paso que adelanta deja
su fé inmortal, como el vellón la oveja,
enredada en las zarzas del camino?

XVII

¡Si á su culpada humillación se adhiere
con la constancia infame del beodo,
que goza en su abyección, y en ella muere?
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,
desconoce su origen, y prefiere
á descender de Dios, surgir del lodo?

XVIII

¡Libertad, libertad! No eres aquella
virgen, de blanca túnica ceñida,
que ví en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbra con su luz, como una estrella,
los oscuros abismos de la vida.

319

XIX

No eres la fuente de perenne gloria
que dignifica el corazón humano
y engrandece esta vida transitoria.
No el ángel vengador que con su mano
imprime en las espaldas del tirano
el hierro enrojecido de la historia.

XX

No eres la vaga aparición que sigo
con hondo afán desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
¿licencia desgrenada, vil ramera
del motín, te conozco y te maldigo!

XXI

¡ Ah ! No es extraño que sin luz ni guía,
los humanos instintos se desborden
con el rugido del volcán que estalla,
y en medio del tumulto y la anarquía,
como corcel indómito el desórden
no respete ni látigo ni valla.

XXII

¿ Quién podrá detenerle en su carrera ?
¿ Quién templar los impulsos de la fiera,
y loca multitud enardecida,
que principia á dudar y ya no espera
hallar en otra luminosa esfera,
bálsamo á los dolores de esta vida ?

XXIII

Como Cristo en la cúspide del monte,
rotas ya sus mortales ligaduras,
mira doquier con ojos espantados,
por toda la extensión del horizonte
dilatarse á sus piés vastas llanuras,
ricas ciudades, fértiles collados

XXIV

Y excitando su afán calenturiento
tanta grandeza y tanto poderío,
de la codicia el persuasivo acento
grítale audaz :— ¡ El cielo está vacío !
¿ Á quién temer ?— Y ronca y sin aliento
la muchedumbre grita :— ¡ Todo es mío !—

XXV

Y en el tumulto su puñal afila,
y la enconada cólera que encierra
enturbia y enardece su pupila,
y ensordeciendo el aire en són de guerra
hace temblar bajo sus piés la tierra,
como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI

No esperéis que esa turba alborotada
infunda nueva sangre generosa
en las venas de Europa desmayada ;
ni que termine su fatal jornada,
sobre el ara desierta y polvorosa
otro Dios levantando con su espada.

XXVII

No esperéis, no, que la confusa plebe,
como santo depósito en su pecho
nobles instintos y virtudes lleve,
Hallará el mundo á su codicia estrecho,
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal ; es la materia que se mueve !

XXVIII

Y buscará la libertad en vano ;
que no arraiga en los crímenes la idea,
ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea,
pronto á estallar ; que el rayo y el tirano
hermanos son. ; La tempestad los crea !

94.

Tristezas

CUANDO recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales ;

Hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fé perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡ desgraciado de mí ! diera la vida.

¡ Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto !
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóveclas que al cielo
levantaban mi anhelo ;
aquella majestad solemne y grave ;
aquel pausado canto, parecido
á un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave ;

Las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte á lo infinito ;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito ;

Haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando á los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara ;

En el gótico altar inmoble y fijo,
el santo crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida,
para el dolor y la humildad abiertos ;

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

El místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre ó sueña;

Todo elevaba mi ánimo intranquilo
á más sereno asilo:
religion, arte, soledad, misterio...
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras
volvaba á las alturas,
vírgen sin mancha, mi oración de niño.

Su ráuda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rasgábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡ Oh anhelo de esta vida transitoria !

¡ Oh perdurable gloria !

¡ Oh sed inextinguible del deseo !

¡ Oh cielo, que ántes para mí tenías
fulgores y armonías,

y hoy tan oscuro y desolado veo !

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pié de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar á tí perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
grito, y nadie responde
á mi angustiada voz; alzo los ojos
y á penetrar la lobreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
á su impiedad, ¡ oh Cristo !
Su grandeza satánica me oprime,
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime.

¡ Y ese Dios no eres tú ! No tu serena
faz, de consuelos llena,
alumbra y guía nuestro incierto paso:
Es otro Dios incógnito y sombrío:
su ciclo es el vacío,
Sacerdote el error, ley el Acaso.

¡ Ay ! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde á tu voz, más atrevido;
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente;
pero también, como Luzbel, caído.

Á medida que marcha y que investiga
 es mayor su fatiga,
 es su noche más honda y más oscura,
 y pasma, al ver lo que padece y sabe,
 cómo en su seno cabe
 tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota
 que el ronco mar azota,
 incendia el rayo y la borrasca mece
 en piélago ignorado y proceloso,
 nuestro siglo—coloso
 con la luz que le abrasa, resplandece

¡ Y está la playa mística tan lejos !...
 á los tristes reflejos
 del sol poniente se colora y brilla.
 El huracán arrecia, el bajel arde,
 y es tarde, es ¡ ay ! muy tarde
 para alcanzar la sosegada orilla.

¿ Qué es la ciencia sin fé ? Corcel sin freno,
 á todo yugo ajeno,
 que al impulso del vértigo se entrega,
 y á través de intrincadas espesuras,
 desbocado y á oscuras
 avanza sin cesar y nunca llegao

¿ Llegar ! ¿ Adónde ?... El pensamiento humano
 en vano lucha, en vano
 su ley oculta y misteriosa infringe,
 En la lumbre del sol sus alas quema,
 y no aclara el problema,
 ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡ Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
 que tu poder no ha muerto !
 Salva á esta sociedad desventurada,
 que bajo el peso de su orgullo mismo
 rueda al profundo abismo
 acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja,
 en nuestras almas deja
 el germen de recónditos dolores.
 como al tender el vuelo hacia la altura,
 deja su larva impura
 el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
 es, Señor, todavía
 raudal de vida tu palabra santa,
 dí á nuestra fé desalentada y yerta :
 — ¡ Anímate y despierta !
 Como dijiste á Lázaro : — ¡ Levanta ! —

DON GUSTAVO A. BÉCQUER

95.

Rimas

DEL salón en el ángulo osuro,
 De su dueño tal vez olvidada,
 Silenciosa y cubierta de polvo
 Veíase el arpa.

¡ Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
 Como el pájaro duerme en las ramas,

Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé; ¡ cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «¡ Levántate y anda!»

96.
CERRARON sus ojos

Que aun tenía abiertos;
Tapañon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intervalos
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día
Y á su albor primero
Con sus mil ruidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste

De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
«¡ Dios mio, qué solos
Se quedan los muertos!»

De la casa en hombros
Llevaronla al templo
Y en una capilla
Dejaron el féretro,
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedose desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba:
Que pensé un momento:
«¡ Dios mio, qué solos
Se quedan los muertos!»

De la alta campana
 La lengua de hierro,
 Le dió, volteando,
 Su adiós lastimero.
 El luto en las ropas,
 Amigos y deudos
 Cruzaron en fila,
 Formando el cortejo.

Del último asilo,
 Oscuro y estrecho,
 Abrió la piqueta
 El nicho á un extremo.
 Allí la acostaron,
 Tapiáronle luego,
 Y con un saludo
 Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
 El sepulturero
 Cantando entre dientes
 Se perdió á lo léjos.
 La noche se entraba,
 Reinaba el silencio;
 Perdido en las sombras,
 Medité un momento:
 « ¡ Dios mio, qué solos
 Se quedan los muertos ! »

En las largas noches
 Del helado invierno,
 Cuando las maderas
 Crujir hace el viento

Y azota los vidrios,
 El fuerte aguacero,
 De la pobre niña
 Á solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
 Con un son eterno;
 Allí la combate
 El soplo del cierzo.
 Del húmedo muro
 Tendida en el hueco,
 Acaso de frío
 Se hielan sus huesos !

¿ Vuelve el polvo al polvo ?
 ¿ Vuela el alma al cielo ?
 ¿ Todo es vil materia,
 Podredumbre y cieno ?
 ¿ No sé ; pero hay algo
 Que explicar no puedo,
 Que al par nos infunde
 Repugnancia y miedo,
 Al dejar tan tristes,
 Tan solos los muertos !

DON VICENTE W. QUEROL

97.

*Carta**al Sr. D. Pedro A. de Alarcón, acerca de la Poesía*

AMIGO, cedo al fin. Los que dispersos
 Entregué al aire vano

DON VICENTE W. QUEROL

En mi edad juvenil fútiles versos,
Hoy con piadosa mano
Recojo y cierro en el modesto libro,
Que al triste olvido de la edad entrego,
O al duro fallo de los tiempos libro.
Lo engendré en la nocturna
Fiebre de mis pasiones primerizas,
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,
Del corazón las cálidas cenizas.

En él están mis infantiles sueños,
El laurel disputado en arduas lizas,
De la osada ambición locos empeños,
La fé jurada, la esperanza muerta,
La aspiración incierta,
Los horizontes del amor risueños :
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías
En el oído extraño,
Ageno á mi placer, sordo á mi daño,
Sonarán siempre las canciones mías ;
Pero, al volver sus páginas, yo encuentro
Mi gozo entre ellas ó mi antigua angustia,
Cual suele hallarse dentro
De un olvidado libro una flor mustia.

Yo cobarde no oculto
Mi fé en tí, desdeñada Poesía,
Ni el ciego amor y el fervoroso culto
Con que en tus aras me postre algún día :
No reniego de tí cuando la mofa,
Cuando el villano insulto
Responden sólo á tu vibrante estrofa :

DON VICENTE W. QUEROL

No aparto de mi labio
De tu cáliz de hiel las negras heces,
Ni te abandono al miserable agravio,
Ó á las burlas soeces
Del vulgo, indigno de tu noble estro ;
Y cuando ante ei siniestro
Tribunal vas de tus inícuos jueces,
Yo, discípulo tuyo, por tres veces
No negaré al Maestro.

¡ Santa palabra de Jehová !

— Con ella

Moisés cantó el enojo
Con que borró de Faraon la huella
En sus líquidos antros el Mar-Rojo :
Con ella sobre Nínive, sujeta
Al yugo del pecado, y sobre Tiro,
Y en la ancha plaza de Sidón inquieta,
Quejumbroso suspiro
Ó eterna maldición lanzó el Profeta :
Con ella junto al cáuce
Del extranjero río, su salterio
Colgando al tronco del umbroso sáuce,
Lloró Judá su amargo cautiverio :
Con ella dijo su doliente cuita
Job á la inmunda fiera del desierto ;
Y con ella la hermosa Sulamita
Cantó al amor en su cercado huerto.

¡ Numen severo de la historia !

—Vive
 Todo lo que el poeta
 Con sabio ritmo sonoro escribe ;
 Muere lo que desdena !—Allá, en la vaga
 Muda extensión del páramo infinito,
 La soberbia pirámide naufraga :
 La esfinge de granito
 Se hunde en la arena movediza ; el verde
 Musgo los templos de Ática sepulta :
 La corva reja del arado muere
 Las feraces colinas
 Donde su oprobio Babilonia oculta :
 El rebaño de árabe se pierde
 Entre las vastas ruinas
 Que cubren tus llanuras, oh Cartago ;
 Mientras que en las vecinas
 Costas de Italia, con el propio estrago,
 Tu egregia vencedora,
 La Reina de las águilas latinas,
 Sola, entre tumbas profanadas llora.

Envuelta en el sudario
 De un vergonzoso olvido,
 Fuera la Tierra el miserable osario
 De las humanas razas, si el gemido
 Ó el cántico de gloria
 De los antiguos vates,
 Eco veraz de la solemne historia,
 No nos trajera en clamoroso ruido
 Sus fragorosas ruinas y combates,
 Ayes de muerte y gritos de victoria.

De un siglo al otro siglo el viento lleva
 En las vibrantes cuerdas de la lira,
 La predicción de la esperanza nueva,
 Ó el triste llanto de la edad que expira,
 Y como en la callada
 Soledad de las noches de astro en astro
 Vuela el pálido rastro
 De la luz increada,
 Así el vate, en la oscura
 Noche del tiempo que el pasado esconde,
 Habla á las bardos de la edad futura,
 Y Osian los cantos de Ilión murmurá
 Y Dante al salmo de David responde.

¡ Hija de la Belleza ! — Á la alborada

De blanca luz ceñida,
 A la aurora de púrpura bañada,
 Y en la tarde apagada
 De húmeda niebla y de vapor vestida,
 Son sus joyas las perlas del rocío,
 Las flores son sus galas,
 Su claro espejo el trasparente río,
 Los céfiros sus alas.
 Las rojas nubes sus movibles tiendas,
 Su blanda cuna las inciertas olas,
 Y el ancho espacio las etéreas sendas
 Por donde marcha á solas,
 Gime en la selva que estremece el viento,
 Triste en la fuente solitaria llora,
 Canta del ave en el alegre acento,

DON VICENTE W. QUEROL

Ríe en la luz de la naciente aurora ;
 Y cuando cruza con callado vuelo
 La tierra, el mar ó el cielo,
 Todo en ritmo sonoro
 Vibra al compás del cadencioso metro,
 Y en luminoso coro
 Van las estrellas de oro
 Rodando en torno á su extendido cetro.

¡ Hija del sentimiento !

En la indecisa
 Vaguedad del espíritu : en la calma
 De la conciencia justa :
 Del débil niño en la infantil sonrisa ;
 En los deliquios lánguidos del alma ;
 Del corazón en la soberbia angusta :
 En la ira noble, en el amor materno,
 En la ánsia no cumplida,
 En los hastíos de la humana vida
 Y en el místico amor de un bien eterno :
 En el lóbrego abismo,
 Cárcel que la pasión fiera quebranta,
 En el grito febril del heroísmo,
 Y en la oculta virtud, callada y santa,
 Como en el crimen mismo,
 Ella, la Poésía,
 Surge y cruza sombría,
 Y el puñal blande ó la oración murmura :
 Ciñe á la virgen los nupciales velos :
 Solloza en la olvidada sepultura,
 Y, en los humanos duelos,

DON VICENTE W. QUEROL

Con la tendida diestra
 Á toda angustia inconsolable muestra
 La eterna luz de los abiertos cielos.

Tal, en la edad confusa
 En que á la vida el corazón despierta,
 Yo, la soñada Musa
 Ví en el dintel de la cerrada puerta,
 Que mi ambición ilusa
 Juzgó á la gloria y la esperanza abierta.
 No entré... pero en mi oído
 Sonó el grande rüido
 De los santos acordes celestiales ;
 Y aun hoy, en este olvido
 Y en esta amiga sombra,
 Donde es la paz un dictamo á mis males,
 Entre el silencio escucho, y aun me asombra,
 El rumor de los himnos inmortales.

Tú, que has unido á ellos,
 Oh dulce amigo, tu canción sonora,
 Y alumbraсте con vívidos destellos
 Esta noche del alma abrumadora :
 Briosos corazón que en las bastardas
 Horas sin fé que nos legó el destino,
 Inmaculado aun guardas
 De una alta estirpe el resplandor divino,
 Abre el libro y no temas,
 Al revolver las hojas

347
Mud del Palacios

DON VICENTE W. QUEROL

De mis pobres poemas,
Que ose en ellos cantar glorias supremas
Ni supremas congojas,
El débil númen que mi verso inspira
Nunca osó ambicionar más noble palma
Que traducir fielmente con la lira
La efusión de mi alma.

98.

En Noche-Buena

A mis ancianos padres.

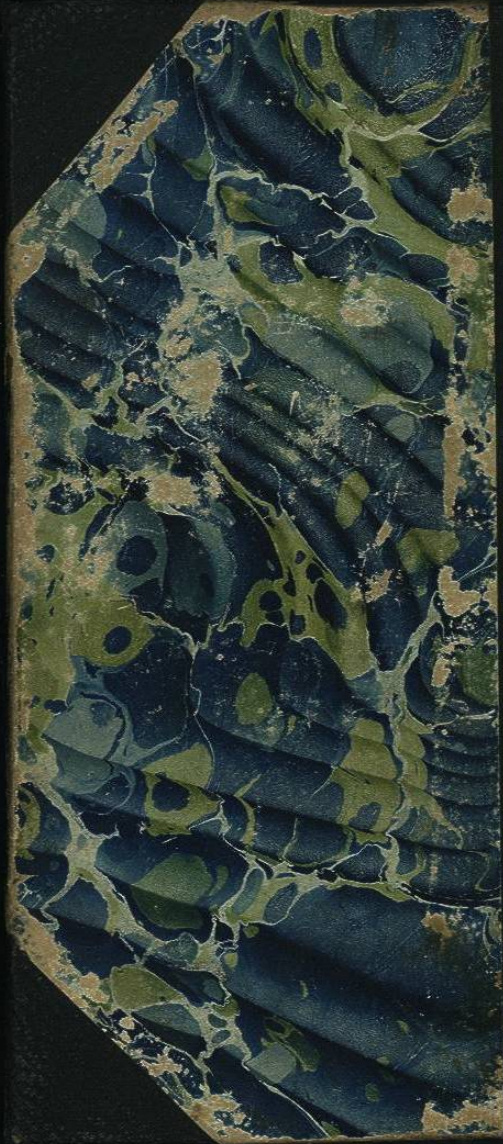
UN año más en el hogar paterno
Celebramos la fiesta del Dios-niño,
Símbolo augusto del amor eterno,
Cuando cubre los montes el invierno
Con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda
Ó en el que el santo de los padres llega,
La turba alegre de los niños juega,
Y en la ancha sala la familia toda
De noche se congrega.

III

La roja lumbre de los troncos brilla
Del pequeño dormida en la mejilla,



3. 88